

director general, el periodista y narrador Sergio Dahbar como gerente de producción y la crítico de cine Silda Cordoliani como gerente editorial. Cabía la duda.

Por otra parte, y pese a su mortecina andadura de la segunda mitad de los ochenta, Monte Ávila era una editorial con historia, con relevancia continental, con un catálogo de casi un millar de títulos —equivalente, casi, a lo publicado por la mayoría de los demás sellos nacionales en los últimos veinte años—.

Sin embargo, el balance de la nueva gestión ha resultado más que satisfactorio. A la retahíla de quejas y lamentos que aparecían periódicamente en la prensa añorando los fastos perdidos, hay que oponer una cantidad mucho mayor de elogios —y ni una sola crítica— publicados a lo largo de 1990. No en balde, una de las primeras medidas del nuevo equipo fue pagar los derechos de autor retenidos desde hacía tiempo...

★

La nueva Monte Ávila Editores tiene en su haber, además de la veintena de ferias nacionales —cuyas ventas han permitido vaciar un par de enormes depósitos—, la participación en 25 ferias internacionales del libro; contratos de distribución —y el comienzo, sobre todo, de su efectiva circulación— en varios países (México, Colombia, Argentina, Chile...); la reaparición de la revista *Folios*, bimestral informativo; la reestructuración y remozamiento de sus colecciones, que habían llegado a ser 39, con poco o ningún criterio respecto al contenido de muchas de ellas; y, sobre todo, el lanzamiento de 106 títulos en un año.

Del lado de los proyectos, ya mencionamos la primera Feria Internacional del Libro, a celebrarse en Caracas en 1991; existe un plan de condiciones con toda una serie de instituciones nacionales (desde la central sindical obrera, CTV, hasta la Universidad Central de Venezuela, pasando por el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, CELARG, y el Banco del Libro, especializado en ediciones infantiles) y se estudia la misma posibilidad con sellos extranjeros; se va a crear, en París, una librería hispanoamericana; y, de nuevo, lo impactante es la cantidad de títulos programados para 1991: 150.

★

Este balance impecable necesita, sin embargo, algunos matices. Las malas lenguas —de la competencia, desde luego— aseguran que, vaciados los depósitos, han vuelto a irse llenando con los nuevos libros no vendidos. Y mirando de cerca las cifras proclamadas por la misma Monte Ávila, resulta desconcertante el que, cuadruplicados los títulos en un año, las ventas sólo se hayan duplicado (1989: Bs. 6.400.000; 1991 —hasta noviembre inclusive—: Bs. 12.000.000). ¿Hasta qué punto, entonces, resulta lógica esa brusca expansión, de 27 a 106 títulos, que llegarán a 150 este mismo año? ¿Responde a alguna necesidad del mercado nacional, súbitamente descubierta, o no es más que otro gesto voluntarista y desproporcionado del gobierno o el ministro de turno? ¿Y hasta cuánto puede «inflarse» Monte Ávila, sin reventar propiamente, sometida a tal ritmo?

Por lo demás, la uniformización de colecciones —reducidas a 14— y de formatos —de 11 han pasado a ser 4—, la efectiva modernización de las carátulas, el innegable nuevo estilo gerencial, no han ido acompañados de un cambio similar en la oferta de títulos. Es un hecho que Monte Ávila hereda, más de una serie de contratos que ha tenido a bien cumplir, un catálogo esencialmente literario y desbalanceado. Valga este ejemplo: 150 títulos de poesía contra 2 dedicados a cine. Si está presente un centenar de autores internacionales y unos doscientos latinoamericanos, sigue siendo mayoritariamente venezolana. A la hora de volver a proyectarse —o de hacerlo por primera vez efectivamente— a escala continental, acorde con su nuevo nombre de Monte Ávila Latinoamericana, y de alcanzar incluso eventualmente el mercado español, el abanico de 1990 resulta insuficiente. Ciertamente la excelente traducción de *La ciencia jovial* («La Gaya Scienza») de Nietzsche, alabada por *El País* madrileño, la de *El Cancionero* de Umberto Saba, de *Crítica de la crítica* de Todorov o de *La escritura del desastre* de Blanchot son apreciables en el marco de nuestra lengua. Pero aparecen como excepcionales ante el lector extranjero —al que se quiere declaradamente llegar— en un conjunto en el que predominan autores nacionales, muchos de ellos con su primer libro, y algunos de los inevitables consagrados, de los que se han publicado este año dos y hasta tres títulos seguidos.

Julio E. Miranda

Carta de México

El conflicto del Golfo en la mentalidad mexicana

A los pocos días de que las fuerzas aliadas empezaran el bombardeo sobre Irak como respuesta a la anexión de Kuwait por parte de Hussein, fui a Xochimilco a comprar unas plantas para el patio de mi casa. Xochimilco es un pueblo en los alrededores de la Ciudad de México, famoso por sus canales y jardines flotantes llamados «chinampas». Desde tiempos prehispánicos la población se ha dedicado al cultivo de flores y verduras para el consumo de la capital. Actualmente, ese lugar es el único en todo el valle de México que puede ser considerado una memoria viva del patrón urbano de la vieja Tenochtitlan. Como es sabido, la ciudad azteca fue construida sobre el lago de Texcoco con un sistema de islotes comunicados por canales. Estos islotes eran creados en el lago con troncos de árboles y tierra que traían desde la orilla. De ahí que en algunas de las crónicas del descubrimiento, Tenochtitlan aparezca como la Venecia del nuevo mundo. De manera semejante, los pobladores de Xochimilco crearon sus parcelas para el cultivo en la laguna con el mismo nombre.

Pues bien, mientras compraba unas cuantas azaleas y dos o tres rosales, el vendedor, hombre humilde con rasgos mestizos que escuchaba *rock* en la radio, me dijo «que Hussein era el Cuahutémoc del pueblo árabe» y que sin duda, «su ejército le iba a dar en la madre a

Bush». Sin querer entrar en mucha discusión, le dije que se trataba de otra cosa, y le expliqué algunas de las razones por las que consideraba la guerra justa, aunque por principio esté a favor de la resolución de los conflictos internacionales por la vía del diálogo diplomático. Me respondió diciendo: «Póngale bigotes a Cuahutémoc y verá cómo es Hussein. ¿Es usted judío, español o gringo?». Pagué las flores y de regreso a casa me pregunté sobre la fascinación que causaba en gran parte de los mexicanos la figura del dictador iraquí.

En primer lugar, creo que esta fascinación se debe ante todo, más allá de cualquier análisis razonable, a una identificación física. El vendedor de plantas de Xochimilco se identifica con Hussein porque identifica a éste con Cuahutémoc, último emperador azteca, héroe de la mexicanidad que desde luego excluye todos los otros ingredientes que conformaron nuestra nacionalidad (lo maya, lo zapoteca, lo tarasco, lo europeo, lo árabe, lo judío, lo negro, lo asiático, etc...), es decir, la idea de una identidad plural. Siguiendo este raciocinio identifica por lo tanto, al señor Bush con Hernán Cortés. Desde luego, esta serie de identificaciones está muy lejos de la realidad y opera sólo en el mundo imaginario, a pesar de que este último surja de un vínculo con lo real.

En segundo lugar, creo que esta fascinación a la que me refiero, se debe como derivación de la primera, a una psicosis antinorteamericana. Por principio, gran parte de los mexicanos se oponen a cualquier determinación norteamericana, sea ésta justa o injusta, es decir, se oponen acriticamente. Desde luego, existen motivos históricos que no merecen la pena recordar aquí, pero también este fenómeno es consecuencia de una retórica mantenida por ciertos sectores del Estado. A su vez el antinorteamericanismo mexicano tiene una relación estrecha con el antiespañolismo generado desde la independencia. Incluso me atrevería a decir que el primero es una consecuencia del segundo. Ambos, además, operan también en el sentido opuesto, es decir, con amor y admiración hacia los dos interlocutores más importantes que ha tenido el país. La relación ambigua de los mexicanos con los norteamericanos tiene más de un paralelo con la relación que tuvo España con Europa, especialmente con Francia e Inglaterra, resuelta en gran medida ahora, con la integración de la península al mercado común europeo. Tanto en el caso mexicano en su relación con Estados Unidos,

como en el caso español en su relación con el resto de Europa, el conflicto tiene raíces en la oposición Reforma-Contrarreforma. Tanto España como la Nueva España fueron, durante los siglos XVI y XVII, los centros económicos, culturales y políticos hegemónicos de sus respectivos continentes, y ambos reinos unidos y gobernados por una misma dinastía, representaron la otra alternativa, como civilización, a las potencias surgidas con la reforma. Además habría que señalar, por las mismas causas, y en relación recíproca, que el antiespañolismo de las potencias europeas y el antimexicanismo de los Estados Unidos fue generado simultáneamente en ambos continentes con la «leyenda negra» para destruir la hegemonía imperial. Si España junto con Portugal son el origen de la Europa moderna —y si entendemos como moderna en un sentido amplio, la era histórica que surge con el Renacimiento—, México, es decir, la Nueva España, es el origen de la América moderna, aunque esta modernidad, por sus características contrarreformistas, haya sido singular. Hay que recordar que fue en la Nueva España, en el continente americano, donde se fundaron las primeras imprentas, universidades, hospitales y centros de conocimiento, y donde se crearon las primeras instituciones políticas y religiosas fieles a la imagen renacentista.

El tercer motivo de la atracción de algunos mexicanos por la figura de Hussein es el antisemitismo que caracterizó al mundo hispánico durante tantos siglos, alimentado desde luego por la iglesia católica. A pesar de que las comunidades judías emigradas de Europa a México en este siglo no han sufrido la discriminación que se ha dado en otras partes del orbe, y que estas comunidades en menos de cincuenta años han logrado un poder económico y cultural extraordinario, en algunos artículos de la prensa mexicana han aparecido aquí y allá algunos comentarios que reviven el antiguo prejuicio católico. La pregunta del floricultor de Xochimilco sobre si yo era español, norteamericano o judío es reveladora. Las tres categorías reflejan el pavor de este hombre hacia *lo otro*, (*lo otro* del catolicismo, *lo otro* del mundo precolombino y *lo otro* del México del siglo XX), aunque ese *otro*, forme parte de su ser conflictivamente.

Esta atracción por Hussein también es consecuencia de una reminiscencia feudal que ha caracterizado a nuestras culturas. La atracción por el dictador iraquí funciona de la misma manera que ha funcionado la atracción por todos los dictadores de la historia, ya se llamen estos, Franco, Mussolini, Hitler, Stalin, Fidel Castro o los gobiernos militares de los países latinoamericanos. Y digo reminiscencia feudal, ya que si bien, tanto España como la Nueva España surgen como reinos bajo el designio del Renacimiento, una gran parte de la población en el siglo XVI en ambas partes del Atlántico, vivía todavía sumergida en el medioevo (ver por ejemplo, la crítica que hace el Padre Feijóo a las supersticiones medievales en pleno siglo XVIII). En el continente latinoamericano el feudalismo sobrevivió durante los tres siglos de gobiernos virreinales y unido a las ideas de emancipación acuñadas en la Ilustración emergió triunfante con la independencia de algunos de nuestros países. Un ejemplo sería la fragmentación de Centroamérica en pequeñas repúblicas y las conflictivas luchas que han perdurado en ellas durante los dos últimos siglos.

Desde luego se puede argüir que no se pueden hacer generalizaciones a partir de una anécdota como la que cuento. Sin embargo, una parte importante de los comentaristas de algunos periódicos de la Ciudad de México, han tenido la misma actitud que el simpático floricultor ante el conflicto en el Golfo Pérsico. Y lo más sorprendente de todo, es el hecho de que estos comentaristas hayan tenido coro en las universidades, en las oficinas, en los comercios y en las mansiones de las rancias burguesías tradicionales. Al comentar esto con el escritor José de la Colina, me dijo que esta misma atracción colectiva por parte de muchos sectores de la sociedad mexicana, incluyendo algunos intelectuales, por la figura de un dictador invasor, se había dado en el país durante el nazismo, a pesar de que el gobierno mexicano tomó partido por los aliados y dio asilo a muchos de los perseguidos durante la segunda guerra mundial.

Manuel Ulacia

Premio Iberoamericano Bartolomé de Las Casas

La Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, con la Agencia Española de Cooperación Internacional y el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en el marco de las acciones preparatorias para la conmemoración del Quinto Centenario, instituye, con carácter anual, el PREMIO IBEROAMERICANO BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, de acuerdo con las siguientes

BASES

1 El Premio se otorgará para distinguir a aquellas personas o instituciones que hayan destacado en la defensa del entendimiento y concordia con los pueblos indígenas de Iberoamérica, en la protección de sus derechos y el respeto de sus valores, en armonía con el espíritu que anima la conmemoración del Quinto Centenario.

2 Podrá ser candidato al premio cualquier persona o institución, del ámbito iberoamericano, propuesta de acuerdo con estas bases.

3 Podrán proponer candidatos al Premio las Universidades, Academias, Organizaciones no Gubernamentales e Instituciones de España e Iberoamérica vinculadas al mundo indígena. También podrán proponer candidatos cada uno de los miembros del Jurado. Las propuestas, convenientemente documentadas, deberán remitirse al Instituto de Cooperación Iberoamericana, antes del 15 de agosto de 1991, haciendo constar en el sobre la mención PREMIO BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.

4 El Jurado estará formado por los siguientes miembros:

- El Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica.
- El Presidente de la Agencia Española de Cooperación Internacional.
- El Director General del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

- Seis personalidades, españolas e iberoamericanas, con especial y significativa sensibilidad hacia el mundo indígena.

- El ganador del Premio en la convocatoria anterior.

5 Presidirá el Jurado el Secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, que tendrá voto de calidad y designará a un Secretario, sin voto.

6 El Premio podrá declararse desierto, en cuyo caso su dotación no podrá ser acumulable. No podrá concederse a título póstumo. El fallo del Jurado será inapelable.

7 El Premio consistirá en una dotación, en metálico, de cinco millones de pesetas, y una medalla de la efigie de Bartolomé de las Casas.

8 La entrega del premio se realizará el 11 de noviembre de 1991, aniversario del nacimiento de Bartolomé de Las Casas, en un acto que se celebrará en Madrid y que consistirá en una intervención por parte del premiado sobre un tema de su especialidad, al que seguirá la entrega de la medalla.

9 Tanto la actuación del Jurado como todos los demás aspectos de procedimiento se regirán por un Reglamento interno, elaborado y aprobado por el ICI a estos efectos.

Avda. Reyes Católicos, 4 • 28040 Madrid • Teléfono: 583 81 00

